

Alertas



Marcha fúnebre

Ricardo Silva Romero

Hasta hace poco era claro que la historia estaba dispuesta a repetirse en caso de ser ignorada. Pero por estos días de redes sociales, o sea de zanjas y trincheras y burbujas y atomizaciones, no se da la historia sino la autobiografía. Cada cual se refugia, resuelto e indignado, en su mundo dentro del mundo. Cada candidato le cuenta su Colombia a su base. Pocas puestas en escena tan reivindicadoras como el cierre de campaña del Nuevo Liberalismo en la misma plaza en la que fue asesinado su líder, pero poco sirvió el día de las elecciones: hoy todo ciudadano puede ser su propia nación. Nada tan simbólico como el recorrido que hizo Ingrid Betancourt por los lugares de su secuestro, pero el video apenas llegó a dos mil reproducciones en su Instagram: esta es la época dispersa en la que no es nada fácil sufrir el mismo país al mismo tiempo.

Petro les habla tanto a los pueblos ninguneados como a sus deudos. Gutiérrez es el viejo refugio en el que “la gente que hace país” se encuentra con “la gente de bien”. Hernández es la encarnación insólita del voto en blanco. Fajardo empuña la bandera del centro cuarentón que busca que el estallido social pacte con el *statu quo* antes de que el totalitarismo se instale. Y, como cada día es más claro que ya ni las pandemias, ni las debacles ambientales ni los horrores reeditados logran que vivamos en el mismo lugar, la historia de Co-

lombia -que, como cualquier historia, jamás se queda atrás- se ha visto obligada a revolcarse en su tumba, a gritar: la Colombia con vocación de diálogo no solo recordará a este gobierno por haberles delegado las guerras a “los ejércitos”, sino por haber despertado, de tanto negarlos, a los fantasmas de los últimos setenta años.

Nuestra historia es hoy un estómago revuelto. Sus hechos, de “los cortes de franela” a “los falsos positivos”, se agolpan en los titulares de prensa de hoy. Por culpa de la profunda ineptitud e intromisión de la presidencia, en pie de campaña contra Petro y Fajardo, estas elecciones sombrías parecen las elecciones de 1949 vigiladas por la Registraduría de 1970. Por culpa de esta manía de torcer las reglas para defenderlas, del desmonte de la ley de garantías, del llamado ilegítimo al recuento de las votaciones legislativas, del *ping-pong* con las pensiones de los colombianos, de las jugaditas con Ecopetrol y de

esa megalomanía que suele venir acompañada de rasgos paranoides, se ha revivido el clima en sol menor -la tonalidad de “la trágica consumación”- de los días de la Violencia.

Hay que ver a ese señor, en aquel mitin, que predice una batalla en Cali el día de las elecciones: “Sea cual sea el resultado”, dice, “tenemos que estar listos”. Hay que ver ese carro fúnebre siguiendo el carro de Cecilia Orozco, la gran periodista, para “recoger un cadáver en su casa”. Hay que notar la ligereza del presidente del Senado mientras asegura que el Eln acompaña la candidatura de Francia Márquez la misma semana en la que ella ha denunciado una tercera amenaza de muerte. Oigan las estigmatizaciones. Están jugando con armas, señores, en Colombia estigmatizar ha sido jugar con la vida ajena. En esta casa se ríen de mí por andar por el pasillo lanzando vaticinios ominosos que al final no se dan: “Va a ganar Hernández...”. Ojalá no se dé tampoco -no se suelte como un aguacero- esto que veo: la vieja pesadilla de “manos negras”, como de 1989 o 2002, que están montando amenaza por amenaza.

Mi esperanza está puesta no solo en que Colombia siga siendo el mar a donde van a morir las lógicas y las teorías, incluso las de conspiración, sino en que la ciudadanía note a tiempo la historia en común que está volviendo a darse y sea capaz de convivir en el país que aborrece la violencia.